

A TREINTA DÍAS DEL PODER

HENRY ASHBY TURNER, JR.

A TREINTA DÍAS
DEL PODER

Traducción de David León Gómez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhsa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhsa comentado.

Título original: *Hitler's Thirty Day to Power*

Diseño de la cubierta: Edhsa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de cubierta: Adolf Hitler, pintura de Bruno Jacobs, 1933, © Shutttestock

Primera edición: febrero de 2026

© 1996, Henry Ashby Turner, Jr.

This edition published by arrangement with Basic Books an imprint of Hachette Books Group, Inc., New York, USA. All rights reserved

© de la traducción: David León Gómez, 2000

© de la presente edición: Edhsa, 2026

Diputación, 262, 2º1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhsa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2773-1

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S.A.

Depósito legal: B 24034-2025

Impreso en España

A Patrick Herbst

Sumario

Prefacio	11
Abreviaturas	13
1. Introducción	
El mariscal de campo, el cabo y el general	17
2. La conspiración contra el canciller	55
3. El dudoso triunfo de Hitler en plena	
crisis nazi.	83
4. Schleicher cae víctima de sus ilusiones	119
5. La conspiración se extiende y Schleicher	
renuncia al poder	157
6. Von Papen encabeza el salto al vacío	189
7. Determinismo, contingencia y responsabilidad	225
Notas	253
Apéndice. El Documento de Moscú	297
Bibliografía	301
Índice onomástico	311

Prefacio

Todo el mundo ha oído hablar de Hitler. La gran mayoría sabe que fue el dictador de Alemania que provocó la segunda guerra mundial y asesinó a millones de judíos. Pero la cuestión de cómo obtuvo el poder es bien diferente: pocos entienden la manera en que su dictadura se hizo realidad. Como Alemania era una república cuando Hitler fue nombrado canciller, muchos dan por hecho que fue elegido democráticamente por una mayoría de ciudadanos alemanes. Sin embargo, ése no fue el caso. Su ascenso al poder fue, con mucho, más complicado y, sobre todo, más azaroso. De hecho, le faltó muy poco para fracasar en numerosos aspectos. Gran parte de la historia de Hitler se ha narrado de forma eficiente en libros anteriores; pero nadie ha sometido todavía a un análisis exhaustivo los espectaculares sucesos de enero de 1933, el mes crucial tras el que Hitler se convirtió en jefe del Gobierno alemán. Ésa es precisamente la intención de este libro.

★ ★ ★

El presente trabajo se ha beneficiado en gran medida de la generosa ayuda de otras personas, a las que estoy muy agradecido. William Sheridan Allen, Peter Gray, Richard F. Hamilton y Peter

Hayes leyeron los borradores del manuscrito y aportaron sus valiosas sugerencias. Además de sus comentarios sobre el manuscrito, a William L. Patch hijo le debo el haber compartido conmigo documentos relevantes procedentes de sus propias investigaciones, como también hicieron Larry Eugene Jones y Hagen Schulze. Por su parte, Pertti Ahonen obtuvo para mí copias de otras pruebas trascendentales; Renate Köhne-Lindenlaub me ahorró un viaje de miles de kilómetros al proporcionarme la copia de un documento del archivo Krupp; Mary E. Sarotte me ayudó a conseguir algunas de las fotografías; George O. Kent y Mary R. Habeck aportaron su valiosísima colaboración al localizar y obtener una copia del Documento de Moscú que se describe en el Apéndice; por último, mi editor, Henning P. Gutmann, me animó de manera inquebrantable y me ofreció valiosos consejos, y Lynne Reed se encargó de que el manuscrito se publicase con toda fidelidad.

Abreviaturas empleadas en las notas

AdR	Archiv der Republik (Viena)
<i>AdRk/KvP</i>	<i>Akten der Reichskanzlei: Kabinett von Papen</i> , ed. de Karl Dietrich Erdmann y Hans Booms, 2 vols., Boppard, 1989
<i>AdRk/KvS</i>	<i>Akten der Reichskanzlei: Kabinett von Schleicher</i> , ed. de Karl Dietrich Erdmann y Hans Booms, Boppard, 1986
<i>AHR</i>	<i>American Historical Review</i>
<i>AzDAP</i>	<i>Akten zur Deutschen Auswärtigen Politik</i>
BA/FA	Bundesarchiv/Filmarchiv (Berlín)
BAK	Bundesarchiv Koblenz
BA/MA	Bundesarchiv/Militärarchiv (Friburgo de Brisgovia)
BAP	Bundesarchiv Potsdam
BDC	Centro Documental de Berlín
BPKb	Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz
BSB	Bayerische Staatsbibliothek
BSV	Bilderdienst Süddeutscher Verlag
<i>BT</i>	<i>Berliner Tageblatt</i>
<i>BVz</i>	<i>Bayerische Volkszeitung</i> (Núremberg)
<i>CEH</i>	<i>Central European History</i>
<i>DA</i>	<i>Der Angriff</i>

DAZ	<i>Deutsche Allgemeine Zeitung</i>
DB-Z	<i>Deutsche Bergwerks-Zeitung</i>
DBFP	<i>Documents on British Foreign Policy</i>
DDF	<i>Documents Diplomatiques Françaises</i>
DDS	<i>Documents Diplomatiques Suisses</i>
DHM	Deutsches Historisches Museum
DoN	<i>Documents on Nazism 1919-1945</i> , ed. de Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham, Nueva York, 1974
FAHV	F.A. Herbig Verlagsbuchhanlung
FAZ	<i>Frankfurter Allgemeine Zeitung</i>
FH	<i>Frankfurter Hefte</i>
FZ	<i>Frankfurter Zeitung</i>
G	<i>Germania</i>
GiW&U	<i>Geschichte in Wissenschaft und Unterricht</i>
IfZ	Institut für Zeitgeschichte
IMT	Tribunal Militar Internacional (Núremberg)
Jd	<i>Der Jungdeutsche</i> (Berlín)
JCH	<i>Journal of Contemporary History</i>
JMH	<i>Journal of Modern History</i>
KV	<i>Kölnische Volkszeitung</i>
KZ	<i>Kölnische Zeitung</i>
LbsB	Landesbildstelle Berlin
MM	<i>Militärgeschichtliche Mitteilungen</i>
MNN	<i>Münchener Neueste Nachrichten</i>
MZ	<i>Münchener Zeitung</i>
NAUSA	National Archives, Washington, D. C.
NFP	<i>Neue Freie Presse</i> (Viena)
NPA	Neues Politisches Archiv (en Archiv der Republik, Viena)
NPZ	<i>Neue Preussische Zeitung</i> (Berlín)
NSHSAH	Niedersächsisches Hauptstaatsarchiv Hannover

<i>PS</i>	<i>Politische Studien</i>
<i>RA</i>	<i>Regensburger Anzeiger</i>
<i>RF</i>	<i>Rote Fahne</i> (Berlín)
<i>R-MVz</i>	<i>Rhein-Main Volkszeitung</i>
<i>SBWB</i>	Senatsverwaltung für Bau- und Wohnungswesen Berlin
<i>SEG</i>	<i>Schulthess' Europäischer Geschichtskalender</i>
<i>TbJG</i>	<i>Die Tagebücher von Joseph Goebbels: Sämtliche Fragmente</i> , ed. de Else Fröhlich, Múnich, 1987
<i>TR</i>	<i>Tägliche Rundschau</i> (Berlín)
<i>TsGA</i>	Tsentralnyi Gosudarstvennyi Arjiv (Moscú)
<i>UB</i>	ULLSTEIN Bilderdienst
<i>V</i>	<i>Vorwärts</i> (Berlín)
<i>VB</i>	<i>Völkischer Beobachter</i>
<i>VfS&Wg</i>	<i>Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte</i>
<i>VfZ</i>	<i>Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte</i>
<i>VZ</i>	<i>Vossische Zeitung</i> (Berlín)
<i>ZfM</i>	<i>Zeitschrift für Militärgeschichte</i>
<i>ZS</i>	<i>Zeugenschrifum</i> (IfZ)
<i>ZSg</i>	Zeitgeschichtliche Sammlungen (BAK)

Capítulo 1

Introducción

El mariscal de campo, el cabo y el general

El primer día de 1933, los defensores de la amenazada República alemana de Weimar dejaron escapar un suspiro de alivio y júbilo. El joven Estado se había visto sujeto durante tres años a un acoso cada vez más pronunciado por parte de las fuerzas antide-mocráticas, entre las que sobresalía, por su poder y su carácter amenazador, el Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler, y por fin las aguas parecían haber vuelto a su cauce. EL PODEROSEN ASALTO NAZI AL ESTADO DEMOCRÁTICO HA SIDO RECHAZADO, proclamaba el editorial de Año Nuevo del prestigioso *Frankfurter Zeitung*. LA REPÚBLICA HA SIDO RESCATADA, anunció un periodista del *Vossische Zeitung*, un venerable diario de Berlín. *Vorwärts*, el periódico de los socialdemócratas, el partido que había tenido mayor responsabilidad en la creación de la República catorce años antes, encabezaba su editorial con el título ASCENSO Y CAÍDA DE HITLER. Un influyente diario católico de Colonia, el *Kölnische Volkszeitung*, señalaba que mientras que su predicción, expresada un año antes, de que Hitler nunca alcanzaría el poder había parecido atrevida entonces, esta idea se había convertido, en vista de los resultados, en un lugar común. Rumiando qué contaría a sus fu-

turos nietos sobre sus tiempos, un escritor del *Berliner Tageblatt* sugirió: «Por todas partes, en cualquier lugar del mundo, la gente hablaba de... ¿Cómo se llamaba? Adalbert Hitler. ¿Y qué pasó con él? ¡Se desvaneció!».¹

Volviendo la vista atrás, a la luz del hecho de que Hitler se vería ascendido legalmente en menos de un mes a canciller alemán, estas expresiones de optimismo republicano no parecen sino una fantasía colectiva. Sin embargo, un estudio de lo que había ocurrido con anterioridad revela que las esperanzas de los oponentes del nazismo no eran en absoluto infundadas en aquel momento.

* * *

A lo largo de sus turbulentos catorce años, la primera República alemana, fundada en la ciudad de Weimar en 1919, tuvo que enfrentarse a grandes obstáculos.² Desde el principio se vio rechazada por millones de alemanes. Los de extrema izquierda la consideraban una mera democracia burguesa, y exigían por tanto una revolución proletaria que la derrocase. Por su parte, los monárquicos acérrimos de la derecha veían como una traición la revolución que, en el despertar de la derrota alemana de la primera guerra mundial, había destronado a la dinastía Hohenzollern de Prusia bajo la cual el país se había unido al imperio creado en 1871. Junto con otros enemigos de la democracia, tacharon de antialemana a una República cuyas instituciones habían sido creadas por una asamblea nacional libremente elegida sobre los principios del sufragio universal. Los militaristas que habían llevado al país a la guerra se unieron a los enemigos de la República afirmando en falso que el Ejército no había sido vencido en el campo de batalla, sino que había recibido una «puñalada por la espalda» asentada en el mismo frente interno de manos de los políticos

que instauraron la República. El nuevo régimen, por tanto, llevaba para muchos alemanes el estigma de la traición y la humillación nacional. Las democracias occidentales vencedoras acrecentaron la impopularidad de la República de Weimar cuando la obligaron a aceptar un tratado de paz punitivo. El Tratado de Versalles partió porciones considerables del territorio que Alemania poseía antes de la guerra, cargó al país con toda la culpa de haber originado la contienda, hizo a la República responsable de las cuantiosas indemnizaciones de los vencedores y limitó su soberanía en muchos sentidos, como muestran las férreas restricciones que se impusieron a sus fuerzas armadas.

Es un hecho que honra a los republicanos alemanes el que el nuevo Gobierno sobreviviese a estos primeros años, a pesar de dichas obligaciones, a las que se unieron la hiperinflación que destruyó su moneda, varios intentos armados de derrocamiento (procedentes tanto de la izquierda como de la derecha) y la ocupación de diversas zonas del país por parte de las potencias vencedoras de la primera guerra mundial. A mediados de los años veinte la democracia parecía haber arraigado en Alemania, y el país disfrutaba de un lustro de algo cercano a la estabilidad y la prosperidad. Pero con el inicio de la Gran Depresión, que supuso para la economía alemana un golpe más fuerte que para la de ningún otro país europeo, la República de Weimar entró en sus peores tiempos. En 1930, el Gobierno parlamentario suspendió su actividad cuando los partidos políticos moderados se vieron colapsados ante el problema de la financiación de las ayudas al desempleo para una multitud cada vez mayor de alemanes en paro. Como consecuencia de esta crisis, el poder político decisivo pasó del Parlamento a la presidencia, con el resultado de que la República no volvió a funcionar como habían pretendido sus fundadores.

El presidente en cuyas manos pasó a concentrarse todo el poder fue Paul von Hindenburg, que había estado al mando del Ejército alemán durante la primera guerra mundial como mariscal de campo.³ Elegido en 1925, fue reelegido para gobernar durante un segundo periodo de siete años en 1932, a la edad de ochenta y cinco años. El venerable Hindenburg, a quien su actuación en la guerra había convertido en una figura legendaria, era para millones de alemanes la personificación de alguno de los capítulos más gloriosos del pasado de su país. Pertenecía a los *junkers*, descendientes de una de las familias aristocráticas que, siglos antes, habían establecido las regiones fronterizas orientales de Alemania. De joven había participado como oficial del Ejército prusiano en las guerras de unificación y estuvo presente cuando en 1871 se proclamó el Imperio. En 1911 se retiró tras una carrera poco sobresaliente de oficial; pero fue requerido de nuevo para el servicio tres años más tarde, cuando estalló la guerra. Cuando las fuerzas que se hallaban bajo sus órdenes cortaron el avance del ejército ruso que se dirigía hacia el territorio alemán, no tardó en convertirse en héroe nacional, a pesar de que se había exagerado, por motivos de propaganda interna, el alcance de su contribución personal a esta victoria. Cuando más tarde fue elevado al cargo de comandante supremo del Ejército, se las arregló para mantener intacta su condición de héroe tras la derrota alemana en la guerra, lo que en parte se debió a la leyenda de «la puñalada por la espalda», en cuya propagación representó él mismo un papel fundamental.

Su altura y robustez hacían a Hindenburg poseedor de una figura imponente. Aunque hacía tiempo que había cumplido los ochenta años, mantenía el porte erguido de un oficial prusiano. Sus modales corteses y refinados evocaban su nostalgia del siglo anterior, mientras que su semblante ancho y cuadrado, que coro-

naba un peinado corto al estilo militar y surcaba un largo mostacho ralo, parecía congelado en una expresión de tristeza pensativa. Para muchos alemanes, su rostro transmitía una profunda gravedad y una resuelta devoción por las labores arduas. Aunque su imagen pública era de una fuerza imperturbable, Hindenburg carecía de una voluntad fuerte e independiente, y raras veces tomaba decisiones por sí mismo. A lo largo de su carrera, dependió en gran medida del consejo de los que lo rodeaban, y este rasgo se fue acentuando con la edad.

A pesar de su apariencia impasible, Hindenburg estaba sujeto, en los momentos de tensión, a arrebatos emocionales que hacían que su voz se quebrase y las lágrimas corriesen por sus mejillas. Concebía las relaciones políticas en términos de camaradería y valoraba la lealtad por encima de todo, aunque a lo largo de su vida volviese repetidamente la espalda a los aliados que le habían servido de manera leal. Sin embargo, a pesar de los persistentes rumores de su senilidad, todas las fuentes dignas de confianza indican que, aunque lento y pesado, Hindenburg permaneció lúcido hasta que la enfermedad acabó con su vida, en 1934, poco antes de llegar a los ochenta y ocho y mucho después de verse reducido a un hombre de paja por el régimen autoritario de Hitler. La rotunda corpulencia de Hindenburg, su aire de distante solemnidad y su condición de vínculo viviente con las glorias pasadas le proporcionaban un aura que lo hizo digno del temor respetuoso de la mayoría de sus contemporáneos.

Como jefe de Estado, el presidente Hindenburg ocupaba a primera vista una posición similar a la de las testas coronadas de las monarquías parlamentarias de Europa; pero la Constitución de la República confería a su cargo poderes muy superiores a los del resto de los monarcas. El presidente ejercía la máxima autoridad sobre las fuerzas armadas y disponía de amplios poderes extraor-

dinarios que lo autorizaban a restringir los derechos civiles y promulgar leyes por decreto si estimaba necesarias estas medidas. Nadie más que el presidente podía nombrar al jefe de Gobierno, al canciller y a los otros ministros que formaban el gabinete. Como en otras democracias europeas, el canciller necesitaba de la mayoría del Parlamento nacional, el Reichstag, y debía dimitir en caso de que éste presentase un voto de censura. El presidente podía, no obstante, destituir al canciller y al gabinete en cualquier momento, así como disolver el Reichstag antes de que éste agotase los cuatro años que duraba su legislatura y convocar nuevas elecciones. Como demostraron los sucesos de enero de 1933, estos poderes convertían al presidente en una figura crucial en tiempos de inestabilidad política, de manera que su influencia era decisiva en el desarrollo de los acontecimientos.

Aunque inicialmente fue elegido como candidato de los derechistas conservadores y reaccionarios, Hindenburg sorprendió gratamente a los defensores de la República durante un tiempo, a pesar de que nunca renunció a sus sentimientos monárquicos. A lo largo de cinco años presidió obedientemente la República a la manera de un jefe de Estado constitucional: nombró a cancelleres y gabinetes que habían sido propuestos por coaliciones mayoritarias o que eran aceptados por la mayoría cuando no se lograban tales alianzas. Pero el viejo mariscal de campo empezaba a impacientarse a raíz de los frecuentes acuerdos y maquinaciones entre partidos, que dieron lugar a una sucesión de diecisiete gabinetes bajo nueve cancillerías diferentes durante los once primeros años de la República. Se sentía particularmente contrariado por la resistencia ante los gastos militares que ejercía el mayor partido republicano, el de los socialdemócratas de centroizquierda, que contaba entre sus filas con un gran número de pacifistas. Su carácter profundamente conservador también se veía

ofendido por la fanfarronería de los socialdemócratas acerca de la ideología marxista de su pasado, que practicaban mucho después de que se hubiese dejado a un lado en favor de un reformismo pragmático.

Cuando el hundimiento político de 1930 dio al traste con el gabinete dirigido por los socialdemócratas y el Reichstag se vio incapaz de llegar a un acuerdo con respecto a su sustitución, el grupo de altos mandos del Ejército que servían a Hindenburg como asesores de confianza lo persuadió a que rompiera con el sistema parlamentario y excluyese a la izquierda de cualquier puesto de autoridad. Con el objetivo declarado de elevar al Gobierno por encima de la política, Hindenburg inauguró la costumbre de nombrar personalmente a cancilleres libres de cualquier obligación ante una mayoría parlamentaria. Inició, por tanto, lo que llegó a ser conocido como un sistema de gobierno de gabinetes presidenciales. Para hacer posible que los cancilleres que presidían dichos gabinetes burlasen la autoridad legislativa del Reichstag, puso a su disposición los poderes extraordinarios que la Constitución había otorgado a la presidencia. Desde 1930, prácticamente todas las leyes nacionales (incluso aquellas que autorizaban los impuestos y las apropiaciones del Gobierno) fueron promulgadas no mediante la acción parlamentaria, sino más bien por decretos presidenciales a petición del canciller y su gabinete. La autoridad del presidente no era absoluta; el Reichstag podía, si existía mayoría, abrogar sus decretos extraordinarios o presentar una moción de censura ante el canciller y su gabinete. Sin embargo, para desalentar el uso de estas prerrogativas parlamentarias, el presidente podía dotar al canciller del derecho a disolver el Reichstag y obligar así a los partidos a enfrentarse a los votantes en unas nuevas elecciones generales.

★ ★ ★

El primero de estos cancilleres presidenciales fue Heinrich Brüning, un parlamentario de prestigio del Partido del Centro Católico que había sido uno de los baluartes de los gabinetes republicanos. Durante dos años, a partir de mayo de 1930, Brüning gobernó con la aquiescencia de los socialdemócratas, de firmes creencias republicanas, que habían sido excluidos de su gabinete. Temiendo que la oposición a Brüning pudiese provocar un gabinete aún más derechista, su partido se abstuvo de emitir un voto de censura y prefirió no desafiar los decretos presidenciales gracias a los cuales gobernaba el canciller. De esta manera, los socialdemócratas unieron su destino al de Brüning. Esto tuvo unas consecuencias muy poco afortunadas para la causa republicana, pues las políticas fiscales deflacionarias del canciller no hicieron sino agravar los efectos de una depresión excepcionalmente severa y continuada. A principios de 1932, más de uno de cada tres asalariados se hallaban en paro, y Brüning se había convertido en «el canciller del hambre» para millones de alemanes. En primavera de ese año, éste desempeñó un papel fundamental en la campaña de reelección de Hindenburg y estuvo a punto de llevar a buen puerto las negociaciones para acabar con el pago de las indemnizaciones por parte de Alemania a las potencias vencedoras de la primera guerra mundial. Sin embargo, instigado por sus consejeros conservadores, el presidente se mostró descontento con la poca disposición del canciller a dar de lado a los socialdemócratas en favor del apoyo de la derecha. A finales de mayo, de pronto Hindenburg destituyó a Brüning.⁴

En la caída de Brüning fue decisiva la actuación del hombre que en primavera de 1932 se había convertido en el primer consejero del presidente, el general Kurt von Schleicher. A pesar de

pertenecer a la baja nobleza, y no a la aristocracia oriental de los *junkers*, que dominaban los más altos escalones de los cuerpos de oficiales, Schleicher había experimentado un rápido ascenso como oficial de carrera. Había sido admitido a edad temprana en el grupo de peritos de élite del Ejército, el Estado Mayor, y pasó gran parte de la primera guerra mundial atendiendo problemas de aprovisionamiento y transporte que lo pusieron en contacto con las autoridades civiles. Tras la guerra fue instado por el Ministerio de Defensa a trabajar como enlace entre el Ejército y el Gobierno republicano. Comoquiera que el *establishment* militar, que en lo esencial no había sido reformado, se las había ingeniado para retener un considerable grado de autonomía frente al control civil a pesar de la revolución republicana, la suya era una actividad de gran importancia.

A finales de los años veinte, Schleicher se había establecido como una importante figura entre bastidores en la escena política alemana. Había conseguido un rápido ascenso al rango de general y llegó a presidir una oficina de asuntos políticos subordinada sólo al ministro de Defensa. Esta circunstancia lo situaba por encima del control de generales que gozaban de un grado muy superior al suyo, y también contribuyó a su inclusión en el reducido grupo de dirigentes militares de cuyo asesoramiento político dependía cada vez más el presidente Hindenburg. En 1930, él fue uno de los que lo alentaron a romper con el sistema parlamentario. También tomó parte en la elección de Brüning como primer canciller presidencial dos años más tarde, y desempeñó un papel primordial en su destitución.⁵

A instancias de Schleicher, Hindenburg nombró sucesor de Brüning a Franz von Papen, un aristócrata de cincuenta y dos años poco conocido en el mundo de la política, militante del sector de extrema derecha del Partido del Centro Católico. A prin-

cipios de junio de 1932, Von Papen tomó el cargo de jefe de lo que no tardó en ser conocido como «el gabinete de los barones», debido al gran número de aristócratas conservadores que había entre sus ministros. La capacidad de Von Papen para ejercer de canciller era discutible debido a su falta de experiencia en la política nacional. En cuanto diputado del Partido del Centro Católico en la asamblea legislativa del estado federal de Prusia durante gran parte del periodo republicano, asistió con escasa frecuencia a las sesiones, en las que nunca tomó la palabra. Era, sin embargo, viejo amigo de Schleicher, al que había conocido cuando ambos eran oficiales subalternos del Ejército. El general esperaba que Von Papen actuara como elegante testaferro y se dejase guiar por él. Para ocupar una posición que le permitiera ejercer su influencia en el nuevo gabinete, Schleicher asumió el cargo de ministro de Defensa, renunciando a su graduación de general y convirtiéndose en civil, al menos nominalmente, para tener acceso a dicho puesto.⁶

Al asumir la cancillería, Von Papen tuvo que enfrentarse al problema de encontrar un respaldo político para su gabinete. Al igual que Brüning, había sido nombrado canciller presidencial, lo que le permitía gobernar por medio de decretos extraordinarios promulgados por Hindenburg. Pero, con todo, necesitaba el apoyo parlamentario suficiente para evitar un voto de censura en el Reichstag. En este sentido, su posición era desde el principio mucho más precaria que la de Brüning, ya que perdió el respaldo de su propio partido poco después de convertirse en canciller. Los dirigentes del Partido del Centro Católico consideraban que estaba implicado en la expulsión de su colega Brüning y se indignaron ante el hecho de que aceptase la cancillería sin el permiso del partido. Sólo dimitiendo del partido logró evitar su propia expulsión cuando aquél lo repudió e hizo frente común con la

oposición. Al hacer que se cumplieran las expectativas del presidente relativas a la ruptura con la izquierda, Von Papen se propone compensar la sujeción de su predecesor a los socialdemócratas con el apoyo de la derecha política, lo que suponía atraer al movimiento nazi encabezado por Adolf Hitler, que estaba creciendo rápidamente.

El movimiento que desde principios de 1920 fue conocido como el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, del que Hitler no tardó en tomar el control, proporcionó tras la primera guerra mundial un hogar político a la minoría naciona-lista de tendencias racistas que despreciaba tanto el viejo régimen imperial como la nueva República democrática. Siguió siendo un insignificante grupo marginal bávaro hasta que en 1923 se desató el escándalo a resultas del intento fallido de derrocar a la República, el *putsch* de la cervecería de Múnich, que le ayudó a obtener representación en el Reichstag al año siguiente en coalición con partidos de similar ideología. Durante el periodo más próspero y estable de la República, la importancia del nazismo disminuyó de manera considerable: en 1928 sólo consiguió un 2,6 por ciento de los votos, que le supusieron doce de los cuatrocientos noventa y un escaños del Reichstag, debidos únicamente al sistema republicano de representación proporcional. Pero cuando la Gran Depresión extendió las privaciones y el desempleo por toda Alemania, los nazis empezaron a sacar provecho de la angustia y ansiedad de millones de ciudadanos.⁷

Ayudados por la responsabilidad del Gobierno sobre estos hechos, los nazis aumentaron su popularidad culpando a los republicanos de todos los males del país y ofreciendo un futuro de reformas radicales sin necesidad de cumplir ninguna de sus promesas. Se hicieron con el respaldo de los antisemitas tras encabezar una campaña desenfrenada de difamación contra la minoría

judía. Manifestaron su militancia a través de las calles alemanas con las tropas de asalto auxiliares, la SA.* Mediante sangrientas batallas callejeras contra los socialdemócratas y los comunistas, que también tenían sus respectivas organizaciones paramilitares, la SA contribuyó a crear una violenta atmósfera política que despertó la inquietud de muchos ciudadanos. La promesa de restaurar el orden permitió a los nazis convencer a algunos votantes. En las elecciones de 1930, que tuvieron lugar precisamente cuando los efectos de la crisis económica empezaban a agravarse, su voto se octuplicó, de manera que consiguieron ciento siete de los quinientos setenta y siete escaños del Reichstag. En la primavera de 1932, Hitler intentó arrebatarle la presidencia a Hindenburg y, aunque fue derrotado, logró unos resultados lo suficientemente buenos como para forzar una segunda ronda de votaciones, en la que se hizo con un sorprendente 36,1 por ciento.

En el verano de 1932, Hitler era el político de más éxito de Alemania, lo que suponía un impresionante logro para alguien que había llegado al país diecinueve años antes desde Austria, un artista frustrado con una formación académica mínima, recién salido de los refugios vieneses para desahuciados en los que se había visto obligado a vivir durante varios años.⁸ Desde el momento en que se unió al incipiente movimiento nazi en 1919, tras servir en el Ejército alemán como cabo en el frente occidental, hasta que se suicidó entre las ruinas de Berlín un cuarto de siglo más tarde, la política ocupó el centro de su vida. Pronto se erigió en el guía del partido –el *Führer*– y logró una autoridad plena dentro de éste. Ejerciendo un dominio mesiánico sobre sus seguidores, forjó una desarrapada corte de radicales y reaccionarios, intelectuales y matones, profesionales fracasados e inquietos

* Iniciales de *Sturm Abteilung*, «Sección de Asalto». (N. del T.)

veteranos de guerra y los convirtió en una impresionante organización que combinaba de manera efectiva el liderazgo carismático y la disciplina burocrática.

El nazismo no era un partido político corriente, sino más bien, como Hitler repitió con incansable insistencia, un movimiento que requería una entrega total e incondicionada por parte de sus miembros. Después de pasar más de un año en prisión a resultas del *putsch* frustrado, Hitler volvió aemerger imperturbable y reconstruyó su partido en ruinas, y, tras abandonar cualquier esperanza de derrocar a la República por la fuerza, se preparó para lograrlo por medios legales en las urnas. Durante la segunda mitad de la década de los años veinte, cuando la estabilización política permitió a la amenazada República consolidarse bajo auspicios políticos moderados, Hitler mantuvo la unidad del partido al margen de la política nacional a fuerza de puro carácter. Cuando millones de alemanes sufrían la angustia y el abatimiento de la Gran Depresión, formó toda una multitud de seguidores por medio de una demagogia desenfrenada y un calculado embaucamiento.

La clave del éxito del futuro dictador reside en la imagen que ofrecía de sí mismo. A los ojos de aquellos que no sucumbieron a su hechizo, físicamente recordaba al estereotipo popular de un barbero o un camarero; pero su hábil manipulación de la opinión pública (sólo se dejaba fotografiar en posturas que le favoreciesen y por un fotógrafo experto fiel a su causa, por ejemplo) construyó una imagen de sí mismo capaz de transmitir profundidad y dedicación abnegada a millones de alemanes atribulados. Cuando actuaba como político, irradiaba con extraordinaria intensidad una convicción y certidumbre que muchos encontraban irresistible, especialmente en tiempos inestables. El talento de Hitler como orador lo convirtió en el mayor demagogo de su tiempo.

Con una energía física desconocida para la mayoría de sus contemporáneos, llevaba a su sensible audiencia al borde de la histeria colectiva mediante discursos prolongados, apasionados, que explotaban con gran habilidad la inseguridad y prejuicios de aquélla. Y lograba un efecto semejante cuando mantenía conversaciones con sus seguidores, abrumándolos con un torrente de palabras y desarmándolos con su arrollador aplomo.

Lo que en última instancia convirtió a Hitler en una verdadera amenaza política fue, no obstante, su habilidad para enmascarar su brutal fanatismo tras una fachada de normalidad siempre que esta actitud podía servir a sus propósitos. Cuando consideraba ventajoso sembrar el favor de personas influyentes, era capaz de mostrarse amable y respetuoso, e incluso humilde. Cuando perseguía una victoria sobre aquellos que sabía que no compartían sus opiniones extremistas, ocultaba sus verdaderas intenciones. Esta característica había permitido a Hitler convertirse en una figura de peso en el panorama político alemán de 1932, a pesar de que nunca había sido elegido para ocupar un cargo en el Gobierno.

Con la esperanza de ganarse el apoyo de los nazis, el canciller Von Papen había llegado, con la conformidad de Schleicher, a lo que creía que era un acuerdo con Hitler para hacerse con el poder en junio de 1932. Cuando le preguntó al dirigente nazi si estaba dispuesto a colaborar con el gabinete, éste manifestó su intención de acceder siempre que se cumpliesen dos condiciones: que se levantase la prohibición que el gabinete de Brüning había impuesto sobre sus tropas de asalto y que se disolviese el Reichstag elegido en 1930 para dejar paso a unas nuevas elecciones, a pesar de que aún le quedaban dos años de legislatura. Von Papen no tardó en lograr el permiso del presidente Hindenburg para llevarlas a cabo. Además, aprovechó un sangriento brote de vio-

lencia política entre nazis y comunistas como pretexto para recurrir a los poderes extraordinarios del presidente y destituir al Gobierno de Prusia. Éste era con mucho el mayor de los diecisiete Estados federales de la República, y, como tal, un objetivo político prioritario, ya que comprendía, en cuanto a territorio y población, tres quintas partes de Alemania. La adquisición de su gobierno por parte del gabinete de Von Papen dejó impotente al gabinete republicano de socialdemócratas y católicos del centro de Prusia, que había sido durante mucho tiempo una espina para la derecha, y en concreto para los nazis.⁹

Las nuevas elecciones generales, que se celebraron a finales de julio de 1932, resultaron catastróficas para los partidos moderados. Tuvieron lugar en el momento más duro de la Depresión, cuando la desesperación y la rabia convirtieron a millones de personas en objetivo sumamente vulnerable de la demagogia extremaista de la izquierda y la derecha. Los comunistas minaron las fuerzas de los socialdemócratas, mientras que los nazis doblaron con creces los resultados de 1930. Tras conseguir un 37,4 por ciento de los votos y doscientos treinta escaños, el partido de Hitler logró reemplazar al de los socialdemócratas como partido más numeroso del Reichstag.

Después de las elecciones de julio, Hitler renegó de sus promesas de cooperación con el gabinete de Von Papen y reclamó para sí mismo el cargo de canciller.¹⁰ Imbuido por su triunfo en los comicios, el enemigo consumado de la democracia empezó a invocar los principios democráticos, afirmando que, en cuanto dirigente del partido más fuerte del Parlamento, tenía derecho a presidir el Gobierno. En lugar de eso, Von Papen le ofreció el cargo de canciller adjunto de su propio gabinete, así como diversos cargos ministeriales para otros nazis. Pero Hitler renunció indignado, afirmando que el de canciller adjunto era un título vacío,